Cubiertas de sangre

V. Carolina Hernández

Ryunosuke tiene las manos cubiertas de sangre.

Está sudando bajo el sol. En su cinturón, no lleva su espada; en sus bolsillos, no hay nada de dinero y en lo higiénico, está usando lo mismo desde hace tres semanas. Con el kimono ocre puesto, camina por las calles como un espectro. La gente lo mira con una especie de recelo, aunque no se apartan del todo. Él desatiende las miradas.

Lo habían llamado loco, loco de remate.

Le habían dicho que salir a buscar al asesino de los siete soldados era una completa locura. Que para qué lo iba a buscar, que era muy peligroso.

Ryunosuke se había acostumbrado a la vida pacífica de la tribu del Oeste cuando escapó de su escuadrón. Los días en el campo de batalla habían quedado muy atrás. Pero con el fin de la guerra y todos los soldados regresando a sus hogares, era casi imposible no enterarse de las historias que traían con ellos. Y entre esas historias, estaba la del hombre que cometió siete horrorosos asesinatos.

Fue entonces cuando una memoria flotó a la luz; y con ella, entendió que tenía que salir a buscarlo.

Lo encontraría de cualquier modo: era una promesa, una que no iba a romper.

Y con cada paso que da, siente que está más cerca de cumplirla.

Cada vez está más cerca de él.

Porque el olor a sangre se vuelve insoportable.

Ryunosuke escala la montaña y sigue por el prado. Por donde pasa, solo se escucha silencio, un silencio como si no hubiese vida, como si algo se la hubiese llevado. «Como si les hubieran arrancado la vida», le habían dicho.

Los cadáveres de los soldados lucían como si les hubieran arrancado la vida sin piedad. Tenían la piel vuelta jirones de carne. Los habían maltratado como si sus cuerpos hubieran sido de trapo. El asesino no había usado armas, solo su fuerza. No parecía ser obra de un ser humano.

Ryunosuke traga en seco. Observándose en el reflejo de un charco, suspira.

En el reflejo, Ryunosuke solo puede ver el infierno de aquella noche. Primero lo ve a él, acostado, hermoso, y después ve el fuego, el murmullo de las llamas. Mira sus manos y jura que aún puede sentirlas cubiertas del aceite que hizo realidad su perverso, incontrolable deseo.

Las manos cubiertas de sangre.

Cuando las autoridades llegaron, él les había dicho que había sido un accidente, que cuando había llegado ya había sido muy tarde. Ellos le creyeron, y muy pronto todos se olvidaron del asunto e hicieron como que no había pasado, hasta él lo hizo. Ryunosuke eligió perder la noción de si aquello había ocurrido de verdad.

Pero con la memoria devuelta, ya no podía seguir negándolo.

Ya era hora de hacer algo.

Ryunosuke llega al bosque, el sol ya se había puesto desde hace varias horas. No se escucha ni el movimiento de los árboles con el viento. Y cada

vez se vuelve más difícil respirar el aire, porque es un aire que no da lugar a la vida; la asfixia.

Una figura oscura aparece en la distancia. Parece que es un hombre de espaldas. Ryunosuke se para en frente de él y entonces, el hombre se voltea, pero no lo mira. Ryunosuke intenta hablar, pero no salen las palabras y el tipo sigue mirando, inmóvil, como si Ryunosuke fuese un fantasma.

Ryunosuke pasa sus dedos por la mejilla del hombre. Acaricia su mentón, sus pómulos, se posa en sus labios... Es una caricia llena de nostalgia. Sin embargo, el tipo ni siquiera reacciona. Ryunosuke desposa sus dedos y se acerca. Tomando la cabeza del otro con ambas manos, pega su frente contra su rostro y le dice, en un susurro casi audible:

—¿Qué te he hecho...?

Cierra los ojos con fuerza para no dejar escapar las lágrimas. Continúa:

—Yo no quería... ¡Yo juro que no quería hacerlo, pero no tuve opción...! Perdóname... ¡Perdóname! —Levanta la cabeza—. ¡Perdóname, por favor! ¡Perdóname, Urami, te lo pido!

Y en ese instante, Urami lo mira a los ojos. Son unos orbes carmesí que solo le pueden pertenecer a un demonio.

—Yo sé que ya no me amas... —añade Ryunosuke—. Yo ya no soy digno de tu amor, pero yo solo... yo solo quiero...

Silencio.

—Yo solo quiero que me perdones.

Y entonces, Ryunosuke se acerca a Urami hasta que la distancia es la de un alfiler. Cierra los ojos y lo besa. Es correspondido. Cuando se separan, Urami murmura:

—Jamás borrarás lo que me hiciste, ni aunque me des mil besos.

De un mordisco, Urami arranca los labios de Ryunosuke; un chorro de sangre explota.

Ryunosuke es derribado. Desde el suelo, toman su cuello, se escucha un *crack* y solo queda polvo en lo que antes era su cuello.

Ryunosuke cierra los ojos. No grita cuando destrozan su cuerpo ni cuando le abren la piel. No llora cuando sus extremidades se separan de su torso. Y cuando abre los ojos de nuevo, ve que está rodeado del fuego y del murmullo de las llamas. Jura que están él y las partes de su cuerpo, tiradas por doquier en la grama, rodeados por un anillo infernal. Y antes de que pueda sentir dolor, exhala por última vez.

De la boca del demonio, caen los trozos de la carne de Ryunosuke. Jadeando, se levanta del charco carmesí sobre el que estaba arrodillado y dice:

—Se acabó… —y entonces, su boca se deforma en una asquerosa sonrisa.

Lo había logrado: Ryunosuke estaba muerto.

Lo había amado demasiado. Tanto como un hombre ama a una mujer.

Pero desde la noche en que su piel ardió hasta volverse ceniza, Urami solo pensaba en el día en que se vengaría y se liberaría. Algunas veces, cuando se acordaba de Ryunosuke, sus ojos se inyectaban en sangre, sus

manos se volvían puños y era entonces cuando sentía deseos de asesinar. Un deseo impostergable, perverso.

¿A cuántos había matado hasta ahora? Sabía que habían sido siete, siete soldados, pero a veces, comenzaba a olvidarse del número. En la cuenta se aparecían personas que juraba nunca haber visto en su vida, y empezaba a olvidarse de sus rostros también. Podía haber asesinado a un hombre, o a un conejo. La diferencia empezaba a hacerse borrosa, y cada vez era peor.

Sin embargo:

—Por fin... finalmente... se acabó... — Y vuelve a sonreír, con la carne de Ryunosuke entre los dientes.

Urami mira sus manos: la sangre brilla fresca en ellas. Intenta limpiar las manchas, pero no puede. Las manchas no se secan por mucho que las estruja contra su ropa.

—¿Qué pasa?

Silencio.

—¿Qué me pasa? —repite—. ¿Por qué...? ¿Por qué quiero seguir matando?

Y entonces, una violenta arcada lo hace caer de rodillas. Urami empieza a vomitar una laguna de sangre oscura, sangre vieja. Sus músculos se tensan mientras todos los agujeros de su cuerpo se dilatan y dejan salir el líquido apestoso, incluso los poros de su piel. Y la filtración no se detiene.

—¿Por qué...? ¿¡Por qué si fue tu culpa!? ¡Fue tu maldita culpa, tú me hiciste esto! ¡Tú, hijo de puta, tú...! —tose, y unos pequeños pedazos de carne caen a la grama— ¿¡Por qué si fuiste tú el que me dio esta maldición!?

Un charco de sangre putrefacto se dibuja alrededor de Urami. Sin embargo, él no grita, no llora y ni siquiera parece confundido por lo que pasa. De hecho, Urami no puede sentir absolutamente nada, ni siquiera dolor, aún cuando su piel empieza a enrojecerse y a palpitar como una hinchazón que no deja crecer.

Urami gatea de codos hasta un río. Parece que ya no puede ver lo que está reflejado en él, porque cuando este revela la inflamación roja que ahora tiene por cuerpo, Urami ni siquiera grita. Intenta mover sus labios, pero no sale ningún sonido. Entonces, entre dientes, parece que intenta llamar a alguien:

—Tú, Ryu… Ryno… ¿Cómo se llamabA? —Ya no lo recuerda—. Rysu… Espera… ¿cUál erA Mi nombre? ÉL me llamó pOr Mi NOmbre, él… Su NoMBRE eS…

Pero no importa cuanto intenta, no sale nada, no sale ninguna palabra coherente.

Urami, convertido en un bulto rojizo deforme, se contorsiona mientras intenta mover lo que queda de sus labios. Y entonces, hace un último intento:

—ÉL… llAma… SE llAmA… **SsssEe**Ee*Eee***aAa**AaA*a**Aa*****A***A*…

Entonces, las palabras mueren y solo se escuchan gritos sacados del infierno.

Los días pasan.

Una joven corre despavorida por el bosque. Detrás de ella, una bestia roja la persigue.

La joven se tropieza contra una roca y cae sobre un charco. Cuando se levanta, escucha que algo susurra detrás:

—*?**Y**?... **u¿**¿... Nn*n*0... $¿#...

Le arrancan el brazo. La joven suelta un alarido de dolor y le quitan el otro. Cae de nuevo.

Sobre el suelo, antes de morir desangrada, mientras las lágrimas bajan de sus mejillas, vuelve a escuchar el susurro, pero ahora detrás de sus orejas:

—**R***Y***?y**???... ¿¿¿##***0***o0***... s$¿**¿#K*k*?***e...***

Gracias por leer: *Cubiertas de sangre*